

VII

La práctica

Hemos consagrado varios capítulos a exponer los fundamentos doctrinales de una vida de unión con la Santísima Virgen. Hemos visto que existe una verdadera presencia espiritual de Nuestra Señora junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros mismos, por el hecho de que, ante todo, Ella ve todo lo que es nuestro o está en nosotros, y luego porque Ella nos influencia incesantemente por la gracia, y por medio de esta influencia Ella «hace» realmente nuestra alma y establece un contacto verdadero y muy íntimo entre Ella y nosotros.

Quedamos muy alentados por las reacciones que, de modo general, nos llegaron de todas partes sobre estos artículos cuando fueron publicados en nuestra revista «Mediadora y Reina». Sin embargo, no nos extrañaríamos de que cierto número de nuestros lectores hayan encontrado áridas y complicadas estas explicaciones. Recuérdese que escribimos para lectores de un grado de cultura a menudo muy distinto tanto en el campo intelectual como en el espiritual. Para los sacerdotes, religiosos y nuestros lectores de cultura intelectual y sobrenatural más acabada, era de la mayor importancia que diésemos una explicación doctrinal aceptable de una práctica que, de otro modo, hubiese podido parecer extraña e incomprensible. Incluso para quienes no pudieron comprender a fondo esta exposición, pero se dieron la pena de seguirla, no les habrá sido del todo inútil. ¿Santo Tomás no dice acaso que un conocimiento de las cosas divinas, por muy imperfecto y elemental que sea, es más precioso que la ciencia profunda de las leyes y de los secretos de la naturaleza?

En todo caso recordemos lo que dejamos dicho: aquí no es necesario comprender para obrar. ¿Cuántas actitudes sobrenaturales de alma están fundadas en lo que siempre seguirá siendo para

nosotros un misterio, por ejemplo, la vida de unión con Dios que vive en nosotros por la gracia? Y no es necesario que quien mejor capte cómo se realiza la presencia mariana en nosotros, sea el que viva de ella más fiel y profundamente. ¡Las almas más simples pueden rivalizar aquí con los espíritus más perspicaces y... superarlos! ¡Ojalá rivalicemos entre nosotros, con buena voluntad, celo y perseverancia, en ver quién vivirá más fielmente la vida mariana de unión, a fin de experimentar sus «maravillosos efectos», efectos que se resumen en este, tan precioso: la vida de unión con Cristo y con Dios!



Debemos tratar de llevar una «vida» mariana y no contentarnos con una devoción mariana por sacudones y tirones, por ligereza y broma. Debemos tratar de vivir en unión con la Santísima Virgen como un hijo vive con su madre. Un buen hijo no se contenta con saludar o despedirse de su madre, y con un contacto indispensable, pasajero y rápido en el transcurso del día. Todo hijo bien nacido considera como su deber y también como su mayor gozo pasar su vida en presencia de su madre, compartir con ella sus alegrías y tristezas, y permanecer en contacto con ella sin cesar, tanto como se pueda.

Tampoco nosotros debemos contentarnos con algunas Avemarías por la mañana y por la noche, y con alguna invocación rápida y rara en nuestros momentos de dificultad, ni siquiera con la excelente y tan preciosa práctica del Rosario, porque no basta para establecer entre Ella y nosotros un contacto permanente. Deseamos y buscamos más y mejor.

Rica vida de gracia

Acordémonos ante todo de que María está junto a nosotros, en nosotros, por su gracia: por la gracia santificante que, como

instrumento de Dios, Ella produce y mantiene en nosotros, y por las inspiraciones e influencias múltiples de la gracia actual.

Cuanto más rica y abundante sea la gracia santificante en nosotros, tanto más estrechos y fuertes serán los lazos que nos unan a Ella. Tenemos ahí un motivo, secundario, a decir verdad, pero poderoso y precioso, para aumentar y enriquecer la vida divina en nosotros, especialmente por la recepción frecuente de los sacramentos y sobre todo de la sagrada Comunión, que trataremos de recibir muy a menudo, cada día si fuera posible.

Y como por la gracia actual, como decíamos hace un instante, la Santísima Virgen «hace» nuestra alma y se apodera de ella, por este motivo también demos gran importancia, concedamos plena atención y respondamos generosamente a estas influencias de la gracia, a fin de alentar a nuestra buena Madre a proseguir e intensificar su acción santificante en nosotros. Debemos entregarnos apacible y dócilmente a su influencia, no resistir a sus llamamientos, «dejarla obrar» en nosotros, como lo dice repetidas veces Montfort, y mantenernos entregados entre sus manos *«como un instrumento en las manos de un buen operario, como un laúd en las manos de un buen tañedor»*.



Hemos visto que, si la presencia de la Santísima Virgen junto a nosotros y en nosotros es real y perfecta por su parte, porque Ella nos ve claramente y ejerce sobre nosotros una acción incesante, la unión por nuestra parte es deficiente e imperfecta, porque nosotros no la vemos, no la percibimos directamente, ni siquiera con el espíritu, y además no sólo nos es difícil, sino realmente imposible mirarla sin cesar, pensar en Ella ininterrumpidamente, y someternos a sus influencias siempre de manera actual. Por lo tanto, no podemos estarle unidos incesantemente de manera actual y expresa. Pero

podemos llegar a una unión habitual, de modo que la dulce Virgen sea como la atmósfera en que vivimos, el aire que respiramos, incluso sin ser siempre plenamente conscientes de ello. Salta a la vista que, también en este campo, hay un número ilimitado de grados, que con la gracia de Dios podemos alcanzar y atravesar. Vamos a tratar de describir las fases principales de esta unión creciente.

Renunciar a sí mismo

La perfección cristiana tiene un doble aspecto. En sí misma es positiva, una realidad encantadora, pero supone necesariamente un trabajo correspondiente y progresivo de anonadamiento, de «mortificación»: es preciso renunciarse a sí mismo, para pertenecer a Jesús y seguirlo. La vida mariana, también bajo el aspecto específico de la unión, no es una excepción a esta ley. No hay que olvidarlo. Para vivir en un trato habitual con Nuestra Señora, es necesario olvidar y excluir hasta cierto punto a las creaturas.

Este olvido y exclusión no pueden practicarlos todos, evidentemente, del mismo modo y en la misma medida. Dichosos aquí quienes, por su vocación y por las circunstancias en que viven, como los religiosos y, hasta cierto punto, los sacerdotes, no tienen que ocuparse más que de las cosas divinas. Pero también los cristianos que viven en el mundo y apuntan a la unión con Dios y su santa Madre, pueden y deben practicar, en cierta medida, esta exclusión de todo lo que es obstáculo a esta unión. Sin duda, tienen sus ocupaciones, sus deberes de estado, deben ganarse la vida y cuidar sus negocios; tienen deberes que cumplir con su familia, y otras relaciones son a veces inevitables. Igualmente, cada cual tiene necesidad de vez en cuando de algún descanso, de alguna distracción. No sería factible, e incluso sería condenable en algunas ocasiones, querer abstenerse de ellas completamente.

Todo esto es cierto. Pero eso no impide que quienes apuntan a la unión divina y mariana deben prohibirse muchas cosas, crear

alrededor suyo y sobre todo dentro suyo una atmósfera de silencio y de recogimiento, sin la que una «vida» de unión es inconcebible.

Hay que excluir una vida mundana y disipada. Hay que descartar toda diversión realmente «mundana», como también todos esos charloteos incesantes e inútiles, y esas pérdidas deplorables de tiempo. No se puede pasar horas seguidas soñando ante la radio, no se puede trabajar al son incesante de marchas o de música. La moda y el deporte han de tener un valor muy relativo en estas vidas que aspiran a subir más alto. La vana curiosidad, los ensueños, las preocupaciones inútiles, son otras tantas cosas que debe descartar quien desea entrar en la intimidad con Dios y con Nuestra Señora. Esta alma, sin ser asocial, misántropa, se asegurará cada día algunas horas de silencio y de soledad para ser más accesible a las cosas de lo alto.

Por medio de un cierto número de ejercicios de piedad, esta alma se irá estableciendo en una atmósfera de oración; incluso le facilitarán el contacto con Dios y con su divina Madre fuera del tiempo de estos ejercicios. Hay ejercicios de un programa tipo, recomendado a todas las personas que quieren subir más alto: la oración de la mañana y de la noche, la santa Misa y la sagrada Comunión, un poco de meditación y de lectura espiritual, la corona del Rosario o mejor el Rosario entero, y la visita al Santísimo Sacramento. Por supuesto que todos los cristianos fervorosos, incluso con la mejor de las voluntades, no podrán llegar siempre a tanto. Realice cada cual este programa o acérquese lo más que pueda, en cuanto se lo permitan las circunstancias.

Entonces se creará el clima necesario para alcanzar una vida espiritual más íntima, y también la vida de unión con la Santísima Virgen. Entonces se podrá ejercer de manera positiva e inmediata los

actos que han de realizar en nosotros la vida de intimidad habitual con nuestra divina Madre.

Estos actos los detallaremos en lo que sigue.



Lanfranco Juan, 1638, "Madonna del Rosario", Pintura, Iglesia del Rosario, Afragola, Nápoles, Italia.

VIII

Modo simple

En las páginas que preceden hemos constatado que, objetivamente hablando, nuestra unión con la Santísima Virgen se hace más estrecha en la medida en que crecemos en gracia santificante, y también por la fidelidad y docilidad a la gracia actual, pues el contacto espiritual entre Ella y nosotros se establece sobre todo por la gracia. Hemos hecho notar además que para esta intimidad creciente se exigía la renuncia y el desprendimiento de las creaturas en cuanto tales. Con otras palabras, nos es preciso aprender a vivir en el silencio interior, a vivir dentro de nosotros. Para eso hemos de evitar el contacto inútil con el mundo, sobre todo con el mundo «mundano», y no tener este contacto sino en la medida de lo necesario, según lo pidan la utilidad y las conveniencias. Es una exigencia **negativa** imperiosa para alcanzar un cierto grado de intimidad con Dios y su santísima Madre.

Vamos a ocuparnos ahora del modo **positivo** e inmediato de realizar esta vida de unión con Nuestra Señora. Queda entendido que se puede llevar esta vida en muchos grados distintos, pasando por múltiples fases. Vamos a recordar las principales que se pueden recorrer para llegar a la unión más elevada y preciosa.

Una primera manera de unión consiste en servirse para este fin de toda clase de medios exteriores. No podemos considerar y despreciar estas prácticas como pueriles e indignas de nosotros. Los mayores santos, entre otros San Luis María de Montfort, que había llegado ya a la más elevada unión mariana mística, permaneció fiel a ellas.

Por otra parte, estas prácticas exteriores no son lo principal. Sólo tienen valor en la medida en que proceden de lo interior y conducen a ello. Cada cual haga aquí libremente su elección. Estos

testimonios exteriores de amor y de veneración se diferenciarán legítimamente según toda clase de factores: el sexo, la edad, el grado de instrucción, el propio temperamento, etc. El carácter de un país y de un pueblo dejará sentir en esto su influencia. Una joven tendrá, en este campo, atractivos distintos a los de un rudo obrero. Un sabio teólogo obrará de modo distinto a un simple cristiano. Hemos podido ver las prácticas de devoción mariana de los italianos y de los portugueses, ciertas de las cuales nos convendrían menos a nosotros, belgas. Sobre este punto ya nos distinguimos de nuestros vecinos, los holandeses, sobre todo de los de Holanda del Norte. Una persona será más demostrativa, más «niña», que otra. Todos estos matices pueden encontrarse perfectamente en la vida de unión mariana. Pero esto no impide ni disminuye en nada, de modo general, la utilidad de las prácticas exteriores, incluso de las pequeñas prácticas que hemos de emplear para pensar en la Santísima Virgen y unirnos a Ella.

Damos aquí algunas sugerencias al respecto, algunos medios exteriores, capaces de preparar, de facilitar, de realizar o de mantener nuestra intimidad con Nuestra Señora.

Asegurémonos de que haya en nuestra casa algunas cosas que nos evoquen el recuerdo de nuestra Madre. Si puedes, pon una estampa de la Santísima Virgen en la fachada de tu casa, y que, cuando se entre en ella, una hermosa imagen o un bonito cuadro de Nuestra Señora recuerde que es la casa de María, porque le ha sido consagrada.

En cada habitación, especialmente en aquellas en que se está más tiempo, una imagen de la Virgen ha de sugerir su recuerdo y su presencia. El lugar de honor le pertenece al crucifijo, a la imagen del Sagrado Corazón; pero después de Él y junto a Él le corresponde a la imagen de su Madre, que Dios le ha asociado indisolublemente. Por lo tanto, no haya una sola habitación de tu casa sin una pequeña imagen, sin un cuadro, o al menos una sencilla estampa de la Virgen.

Hemos tenido a veces un sentimiento de sorpresa, incluso de vergüenza, al comprobar que en los locutorios de algunas casas religiosas no había nada, absolutamente nada, que recordase la presencia de Aquella a quien Dios ha querido siempre y en todas partes junto a Cristo.

Tengamos también el cuidado de que, durante nuestro trabajo, una imagen o inscripción, una estampa colocada en nuestro despacho o sobre nuestra mesa de trabajo, nos haga pensar en Ella. ¡Tenemos tan gustosamente bajo los ojos el retrato de nuestros seres queridos! Después de Dios, nada ni nadie debe sernos tan querido como la Santísima Virgen.

Saludemos a estas imágenes, a estas estampas de María, al llegar a casa y al salir de ella, y al pasar frente a ellas. Hagámoslo rápida y sencillamente: «¡Buenos días, Madre!... ¡Ave, María!... ¡Salve, Regina!... ¡Todo por Ti, todo por Jesús y por Ti! ...». Deja hablar a tu corazón, con tus atractivos personales. Una mirada de respeto y de amor bastan ya por sí solos. Este saludo, esta mirada, esta aspiración, no se dirigen a la estatua, a la imagen que tenemos ante los ojos, como bien sabemos, sino a Aquella a quien representan. Nuestro Padre de Montfort nos es aquí un lindo ejemplo. Durante los siete años que pasó en París se impuso una penitencia espantosa. Durante este tiempo debió circular un número incalculable de veces por la gran ciudad. Y durante todo este tiempo —como también durante su permanencia en Roma— no vio absolutamente nada. Circuló siempre con los ojos bajos a través de la brillante ciudad. No vio nada... salvo las imágenes de la Santísima Virgen, que se exhibían entonces en gran número en los cruces de las calles y en las fachadas de las casas. Avisado por un instinto secreto, levantaba los ojos para lanzar una mirada respetuosa y llena de afecto, y un saludo salido del corazón, a las imágenes de su Madre amadísima.



Otro humilde medio: llevemos siempre con nosotros algo que nos evoque su recuerdo. Generalmente en nuestros países se hacía llevar a los niños pequeños, a los niños enfermos y sobre todo a los enclenques, los colores de la Virgen, hasta la edad de siete años, por ejemplo. Era una costumbre muy hermosa, que está lejos de haber desaparecido. También hay adultos, sobre todo mujeres y señoritas, que se interesan en que su modo de vestir, por algún detalle, recuerde a la Santísima Virgen de un modo u otro. Cuando esto se hace de manera sencilla, discreta, sin afectación, ¿quién se atrevería a criticarlo? O puede tratarse también de una medalla, de una insignia, que llevamos siempre encima y que cumple la misma finalidad: pensar en la Santísima Virgen y hacer pensar en Ella a los demás. Muy prácticas para alcanzar el mismo fin son las estatuillas de bolsillo de la Santísima Virgen, que incesantemente podemos llevar en la mano o colocar delante nuestro en la oración, durante el trabajo, etc., sin que los demás se den cuenta de ello. Nuestro Padre de Montfort hizo esto durante una buena parte de su vida, ya desde su juventud, incluso durante sus años de escuela secundaria. Sin ningún respeto humano colocaba su estatuilla delante de él durante la clase o el estudio. A veces algunos lo pinchaban y se burlaban de él; pero él tranquilamente los dejaba hacer y hablar.

Un día un bromista de mal gusto le quitó su pequeña Virgen. Su reacción ante este gesto fuera de lugar es significativa: «Podrás quitarme de delante de los ojos esta imagen de mi Madre; pero no podrás arrancarme jamás la imagen espiritual de Ella que llevo en mi alma». Y el bromista devolvió entonces la estatuilla a su propietario. Ella lo acompañó toda la vida. Más tarde, durante sus innumerables viajes apostólicos, la fijará en la extremidad de su bastón de viaje, para tenerla constantemente ante los ojos. Y al fin, juntamente con el crucifijo, esta estatuilla suavizó y serenó su agonía y recibió de él, con su último suspiro, su beso supremo.

Naturalmente, una permanencia un poco más prolongada a los pies de una imagen de la Santísima Virgen, de una de sus imágenes milagrosas, sobre todo, puede reforzar más nuestra unión con María. ¿Quién no piensa, al leer esto, en la Gruta de Lourdes, o en tantos otros lugares santificados por la visita de Nuestra Señora, donde uno se siente tan estrechamente unido a Ella, y como fundido con Ella? También en esto San Luis María puede servirnos de ejemplo. Durante sus años de estudios secundarios en Rennes visitaba cada día dos santuarios célebres de la Santísima Virgen, y permanecía a veces arrodillado allí durante horas enteras. Durante su estadía en París hacía cada sábado la peregrinación a Notre Dame. Con motivo de su peregrinación a Notre-Dame-sous-Terre en Chartres, se mantuvo durante ocho horas seguidas inmóvil, como en éxtasis, delante de la estatua milagrosa. Durante su estadía de quince días en Loreto, apenas podía arrancarse de la Santa Casa de Nazaret, y Nuestra Señora de Ardilliers, en Samur, lo vio un número incalculable de veces postrado a sus pies en fervorosa oración.

Otra práctica exterior para mantenerse unido a María, especialmente para quienes tienen que escribir mucho, es inscribir una breve fórmula mariana, A(ve) † M(aría) por ejemplo, en el encabezado de cada página que se escribe, incluso —¿y por qué no?— en el encabezado de las propias cartas, siempre que esto pueda hacerse respetando las conveniencias, y casi siempre es posible. Esta costumbre se difundió mucho desde hace algunas décadas. El Padre Poppe lo hacía siempre. Me acuerdo de que durante una visita que tuve el honor de hacerle a este santo sacerdote, tuvo que enviar un recado escrito —no eran más de dos líneas— a la Hermana que le hacía un poco de secretaria. Pero antes de todo lo demás, escribió con todas las letras: Ave María.

Cuando se recomienda esta vida de intimidad con la Madre de las almas, se escucha a veces la siguiente respuesta: «¡Me gustaría

mucho, pero nunca me acuerdo de ello!». Ante todo, no digas: «Me gustaría», sino: «Sí, quiero, y voy a ejercitarme en ello». Toma luego las medidas y adopta las prácticas que, casi forzosamente, te hagan pensar en ello. Por ejemplo, adquiere la costumbre, al levantarte y al acostarte, de dirigir a María una fervorosa oración y pedirle su bendición, al margen —claro está— de la oración de la mañana y de la noche propiamente dicha. Reza fielmente el Angelus por la mañana, al mediodía y por la noche al toque de campana, o antes de las comidas principales. Añade siempre un Avemaría a la oración de antes y de después de las comidas. ¿Oyes, en el campanario de tu iglesia o en el reloj de tu casa, que toca la hora, la media hora, el cuarto de hora? No dejes entonces de saludar cada vez a tu divina Madre, y de volverle a renovar, con dos palabras, tu total pertenencia a Ella.

De este modo la Santísima Virgen se introducirá en tu vida, y se unirá realmente a tu vida de cada día. Hay quienes aún van más lejos. El Padre Poppe, al salir de alguna habitación, parecía apartarse ante alguien como para dejarlo salir primero: ¡era su Dama y su Madre! O pedía su bendición antes de salir de su habitación o de su casa. Una buena familia cristiana de Anvers nos hizo la siguiente confidencia. Cuando la mesa está ya preparada para el almuerzo, se colocan alrededor de ella ocho sillas, la del padre, la de la madre, y la de los cinco hijos, y siempre, en la cabecera, en el lugar de honor... ¡la de la Santísima Virgen! Quizás piensen algunos que esta práctica es pueril o ridícula. ¡Cada cual a su gusto! Nadie está obligado a hacer lo mismo. Pero, en el fondo, ¿no es muy sobrenatural y encantador? ¿Acaso la gran Santa Teresa obraba de otro modo en el Carmelo de Ávila, que había conseguido reformar sólo por un verdadero milagro de la Madre de la gracia? Por eso consagró oficialmente el Carmelo a María, y Nuestra Señora fue siempre proclamada en él como la primera Priora. En recuerdo de este acto la silla de la Priora debía

quedar siempre vacía: jera el lugar reservado a la Reina del cielo, que debía seguir dirigiendo y protegiendo su Carmelo!



Verano Capa Leopold, probablemente 1800, temple y óleo sobre lienzo, en la Basílica de María Auxiliadora, Brezje, Eslovenia.

IX

Modo más profundo

Hemos dicho que un primer modo de vivir unido a la Santísima Virgen consiste en valerse de toda clase de pequeños medios prácticos y exteriores, cuyo uso sea facultativo y la elección esté inspirada por el gusto y las preferencias de cada uno.

Pero hemos de apuntar más alto. La Santísima Virgen es la Madre de nuestra vida espiritual, y en este orden nosotros somos verdaderamente sus hijos. Ahora bien, el hijo vive habitualmente junto a su madre, lleva toda su vida en unión con ella. Esto es lo que hemos de tratar de realizar en el plano sobrenatural. Debemos ejercitarnos en hacer todas nuestras acciones en unión espiritual con Ella. Para esto podemos recurrir perfectamente a nuestra imaginación según nuestras disposiciones personales. No es una ilusión, sino una realidad, el que Nuestra Señora no esté lejos de nosotros, que esté muy cerca de nosotros por el pensamiento y por la influencia de gracia sobre nosotros. Por eso, no habrá ningún inconveniente en que nos representemos a nuestra divina Madre junto a nosotros, en tal o cual actitud, con tal o cual exterior, con tal o cual expresión de rostro, etc.

Comienza tu día. Al levantarte vas a hacer el primer pequeño sacrificio de la jornada. Mira a Nuestra Señora junto a ti, que te anima y te da su primera bendición. Bajo su mirada lávate y vístete, modesta y cuidadosamente. Enseguida Ella te acompañará a la iglesia, a la capilla. Piensas en Ella durante tu oración de la mañana y tu meditación. Durante la santa Misa la ves de pie junto a la Cruz de Jesús, o bien asistiendo y sosteniendo con sus oraciones y su ofrecimiento al sacerdote en sus sublimes funciones en el altar. Ella te conduce luego a la Santa Mesa, quita de tu alma la menor mancha, te presenta a Jesús y cumple contigo y por ti el ejercicio tan importante de la acción de gracias.

En la mesa Ella es quien, con bondad enteramente materna, te ofrece tu alimento. A Dios le pedimos el pan nuestro de cada día; por eso lo obtenemos por Ella, ya que Ella es quien nos transmite los dones del Señor. Tu trabajo lo harás en su presencia, y le confiarás las dificultades que encuentres en el cumplimiento de tu deber. Te entretendrás con Ella, y así lograrás romper la fatigosa monotonía de tu quehacer. En tus idas y venidas, Ella te acompaña y te protege contra toda desgracia y accidente. Toma también bajo su mirada tus descansos y recreos: pues una madre ve de buena gana a sus hijos cuando se entregan a una recreación saludable a su debido tiempo. En caso de peligro para el cuerpo o para el alma, lanzarás instintivamente un llamamiento hacia Aquella que no te abandona. En la tristeza Ella es tu consuelo y seca tus lágrimas. Y a Ella le confías antes que a nadie una buena noticia y todas tus alegrías.

En todo y para todo hemos de obrar así. En la oración veámosla perdida en la unión con Dios. En nuestro examen de conciencia pidámosle también a Ella si está contenta de nuestra jornada, y confesémosle nuestras faltas. Y con una palabra de aliento y una última señal de la cruz en la frente Ella nos invitará a tomar nuestro descanso.

Esto es lo que los Santos, entre otros la gran Santa Teresa, practicaron con Cristo en cuanto hombre, y recomendaron a los demás. El bienaventurado Enrique Suizo escribía: *«Cristo esté siempre presente en el fondo de tu corazón y de tu alma: imprímelo en ti mismo y considéralo sin cesar. Tómallo contigo como compañero de todas tus acciones. Cuando comes un bocado, piensa que Nuestro Señor está delante de ti y come contigo. ¿Estás sentado? Él está sentado a tu lado y te contempla. ¿Caminas? No vas solo, sino que Él te acompaña siempre. ¿Duermes? Descansa en Él. Y haz lo mismo en todo lugar, en toda circunstancia, con todo el mundo... Debemos imprimir en nosotros el rostro amable de Nuestro Señor, que nos está*

real y esencialmente más presente que nosotros mismos, porque en Él se encuentra todo consuelo, todo bien, toda alegría»²⁶.

Tomás de Kempis, autor de la «Imitación de Cristo», recomienda y describe admirablemente esta vida de unión habitual con la Santísima Virgen: *«¿Quieres ser consolado en toda tribulación? Acércate a María, la Madre de Jesús, que llora y gime de pie junto a la Cruz, y todas tus cargas desaparecerán al punto, o al menos te serán aliviadas. Elige a esta dulcísima Madre de Jesús, con preferencia a todos tus parientes y amigos, como tu Madre y tu especialísima Abogada frente a la muerte; y salúdala frecuentemente con la Salutación Angélica, pues a Ella le gusta escuchar estas palabras. Si el maligno enemigo te tienta y te impide alabar a Dios y a María, no te preocupes y no dejes de rezar y alabar; pero con mayor ardor invoca a María, saluda a María, nombra a María, honra a María, sigue glorificando a María, inclínate delante de María, encomiéndate a María. Permanece en tu celda con María, y con María cállate, con María alégrate; llora con María, trabaja con María, vela con María, reza con María, camina con María, descansa con María. Con María busca a Jesús, con María lleva a Jesús en tus brazos; con María y con Jesús vive en Nazaret, con María ve a Jerusalén; con María mantente al pie de la Cruz de Jesús, con María llora a Jesús, con María sepulta a Jesús. Resucita con María y Jesús; con María y Jesús sube a los cielos; con María y Jesús desea vivir y morir. Hermanos, si meditáis y practicáis bien estas cosas, el demonio huirá lejos de vosotros, y vosotros adelantaréis en la vida espiritual. María rezará gustosamente por vosotros a causa de su clemencia, y Jesús escuchará gustosamente a su Madre a causa de su reverencia. Poco es lo que hacemos; pero si por María y Jesús, su Hijo, accedemos al Padre con un corazón humilde y contrito, obtendremos misericordia y*

²⁶ Citado por Saudreau, *Vida de unión*, p. 353.

gracia para el tiempo presente, y la gloria con Ellos para un futuro sin fin. Amén».

Y sigue diciendo: *«Dichosa el alma devota que tiene en esta vida a Jesús y a María como amigos familiares, comensales en la mesa, compañeros de viaje, proveedores en la necesidad, consoladores en la tristeza, asistentes en los peligros, consultores en las dudas, para ser los que la reciban en su última hora. Es buen religioso quien se considera extranjero en este mundo, y tiene a Jesús y a María como supremo consuelo en la morada de su corazón».*

En estos textos, que, a causa del ritmo variado y las asonancias incesantes, tienen en latín un encanto particular, Tomás de Kempis nos enseña a recurrir a nuestra imaginación para representarnos a Jesús y a María en actitudes especiales y en misterios particulares. Quienes se entreguen seriamente a esta práctica, observarán probablemente al cabo de cierto tiempo que la imagen de la Santísima Virgen se vuelve más vaga y difusa en su alma. Ya no ven a Nuestra Señora en tal actitud, con tal o cual exterior, con esta o aquella expresión de rostro. Ya no tienen necesidad, ni atractivo, ni facilidad para representársela en un misterio especial; de verla en Belén, en Nazaret, en el Calvario... Piensan en Ella, nada más, y se unen a Ella de modo espiritual, intelectual diría yo. Y eso no es un retroceso, al contrario. Nuestra vida de unión con la Santísima Virgen será tanto más real, pura, profunda y preciosa cuanto menos parte tengan en ella la imaginación y todas las facultades de percepción parcialmente materiales.



Acabamos de escuchar a Enrique Suzo cómo nos aconsejaba imprimir a Cristo en lo más profundo de nuestro ser, y verlo presente allí. Es literalmente casi lo mismo que nos aconseja Montfort respecto de la Santísima Virgen; es una nueva fase de nuestra

intimidad creciente con Ella: *«Es preciso acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo, para formar allí una idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen»*. Y un poco después: *«Si ella [el alma] reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María, para que en Ella ponga sus complacencias; si obra, será en María»*²⁷.

Esta vida con María en nosotros no es una vana imaginación, como hemos explicado al exponer la teoría de la presencia mariana. Por eso, después de haberte ejercitado durante algún tiempo en las maneras iniciales y menos perfectas de unión con Nuestra Señora, intenta buscarla dentro de ti y mantenerte apacible y profundamente unido a Ella. Algunas personas, después de algunos intentos, dirán tal vez: «No lo consigo; no sé cómo hacer». Es posible. Será la señal de que aún no ha llegado el tiempo de esta unión más interior. Pero continúen practicando con humildad y perseverancia la vida de unión bajo una forma provisionalmente más accesible, por ejemplo, la que describe Tomás de Kempis. Y un día, tal vez de modo inesperado, lo conseguirán: se representarán sin esfuerzo a Jesús y a María espiritualmente **dentro de sí mismos**, y llevarán con Ellos una vida de muy dulce y santificante unión.



Sin embargo, eso no es el término ni la cumbre más elevada. Esta unión podrá hacerse cada vez más íntima y consciente. En este campo hay muchos grados que alcanzar y recorrer.

Una nueva fase será aquí lo que se llama unión «mística» con Nuestra Señora. No trataríamos aquí expresamente de este tema si más de una vez, y a veces donde menos lo hubiésemos esperado, no nos hubiésemos encontrado con almas que en cierta medida gozaban

²⁷ El Secreto de María n. 47.

de este precioso favor. Montfort no considera la cosa como tan excepcional y rara, puesto que escribe: *«Ten también cuidado de no atormentarte si no gozas tan pronto de la dulce presencia de la Santísima Virgen en tu interior; pues esta gracia no se concede a todos; y cuando Dios favorece con ella a un alma por su gran misericordia, es muy fácil que la pierda, si no es fiel en recogerse frecuentemente»*²⁸.

No hay que confundir la unión mística de que hablamos aquí, con los fenómenos extraordinarios de la vida sobrenatural, como son las visiones, apariciones, etc. Aquí no nos referimos a nada de todo esto. La mística propiamente dicha comienza con la percepción interior directa de lo sobrenatural. Quien **siente** a Dios dentro de sí, sin necesidad de recurrir al razonamiento de la fe, ha entrado, a menudo transitoriamente, en el campo de la mística. No se imagine por eso mismo que ya ha llegado a la santidad, y que desde ese momento han desaparecido sus defectos, o al menos ya no tiene que combatirlos. La mística es el desarrollo normal de la vida espiritual, como la flor es el fruto de la yema, sin que se pueda decir por eso mismo que todos los que se aplican seriamente a la vida espiritual y mariana, tengan que llegar a ella forzosamente.

Así, pues, hay una unión mística con la Santísima Virgen. El Carmelita flamenco, Miguel de San Agustín, y su hija espiritual, María de Santa Teresa, la describieron de manera asombrosa. Varios santos gozaron de semejante favor. Nuestro Padre de Montfort gozó de él durante años, primero de manera intermitente, y luego de manera permanente. De ello habla con alegría al Canónigo Blain pocos años antes de su muerte, y describe la cosa en esta estrofa muy conocida de su admirable cántico sobre la Verdadera Devoción:

²⁸ El Secreto de María n. 52.

*He aquí lo que nadie podrá creer:
La llevo en medio de mí,
impresa con rasgos de gloria,
aunque en la oscuridad de la fe.*

Esta mezcla de fe y de gloria, de oscuridad y de conocimiento, al que nuestro Padre alude aquí, es característico de este estado. No es ya la pura fe, pero no es aún tampoco la clara visión.

Montfort habla también de esta presencia mística en «El Secreto de María»²⁹ y en el «Tratado de la Verdadera Devoción»³⁰. Allí la llama una «gracia», y una «gracia insigne». También da indicaciones prácticas sobre este punto. No hay que atormentarse si no se goza aún de esta dulce presencia de la Santísima Virgen dentro de sí mismo. Esta gracia no es concedida a todos, ni siquiera a todos los que se aplican generosamente a la vida mariana. Dios favorece a las almas con esta gracia por pura misericordia. Esta gracia es fácil perderla, sobre todo por falta de recogimiento. En este caso hay que volver dulcemente, y hacer enmienda honorable a nuestra amable Soberana...

Todo esto parecerá muy misterioso a ciertas personas que lean estas consideraciones. Es normal, porque es característico de la unión mística con Dios y con su divina Madre no poder formarse una idea exacta de ella más que por la experiencia de la cosa. Si alguien creyese experimentar semejante favor, siga fielmente los consejos de Montfort y consulte sobre esto a un director esclarecido.

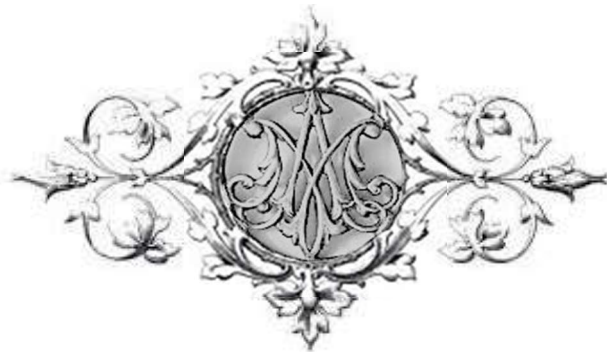
En estos estados, el alma se siente atraída a permanecer en el «*inefable interior de María*». María se apodera de nuestra alma y la trabaja; y nosotros percibimos la suya, por decirlo así, y estamos en

²⁹ Cfr. El Secreto de María, nn. 47-52.

³⁰ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción, nn. 261-264.

contacto con ella. Algunos escritores espirituales de autoridad piensan que en la unión mística las facultades de percepción sensibles, como por ejemplo la imaginación, quedan como suprimidas, y que el alma percibe directamente con sus facultades espirituales, y, por lo tanto, de alma a alma, de espíritu a espíritu... Comoquiera que sea, es cierto que esta unión más elevada con la Santísima Virgen implica una penetración más íntima en el alma de Nuestra Señora. En otras palabras, se trata de la vida en el Corazón Inmaculado y santísimo de María; pues el sentido profundo de la devoción al purísimo Corazón de María es que, bajo el símbolo de su Corazón de carne, veneremos su amor y admiremos, amemos e imitemos sus sentimientos íntimos, y por lo tanto sus virtudes y su vida de gracia y santidad.

En este «*inefable interior de María*», en el Corazón admirable de María, dice nuestro Padre, «*es preciso permanecer con complacencia, reposar con confianza, esconderse con seguridad y perderse sin reserva*»³¹. Esto es todo un programa, que no realizaremos sin recoger los frutos más preciosos y sin saborear un gozo profundísimo.



³¹ Tratado de la Verdadera Devoción n. 264.

X Maravillosos frutos

En los capítulos precedentes hemos intentado fijar los fundamentos doctrinales de la presencia de María y de nuestra vida de unión con Ella. Luego hemos descrito rápidamente las distintas formas y las fases sucesivas de esta vida de intimidad mariana. Queremos terminar esta serie evocando la inmensa alegría y los frutos maravillosos que esta vida de unión con la Santísima Virgen produce en las almas.

San Luis María de Montfort escribe de manera didáctica, pedagógica, y por lo tanto tranquila, sosegada, tal vez demasiado sosegada y uniforme para la generación actual. Pero hay un pensamiento que rompe el equilibrio apacible de esta prosa tranquila. Cuando habla de esta vida de unión con su divina Madre, queda como transportado fuera de sí. Entonces ya no habla, sino que exulta y estalla en exclamaciones de arrobamiento y de alegría: «¡Oh, qué dichoso es el hombre que mora en la casa de María, en la cual Vos, el primero, hicisteis vuestra morada!»³². Y en otro lugar: «¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué felicidad!, ¡poder entrar y morar en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!»³³.

Esta dulce y lenitiva presencia de María, ¿no será la clave de lo que se ha llamado el «enigma Montfort»: de un hombre que se torturaba a sí mismo de modo inhumano por medio de mortificaciones y austeridades espantosas e incesantes; que era perseguido sin piedad y sin descanso, pisoteado por los malvados y por los mundanos; que se veía abandonado y rudamente rechazado

³² Tratado de la Verdadera Devoción n. 196.

³³ Ibid. n. 262.

por sus amigos y sus directores de otro tiempo; a quien varios obispos le prohibieron el trabajo de las almas e incluso la permanencia en su diócesis; y que, a pesar de todo, sobrellevó todas estas humillaciones y pruebas valiente y alegremente, con la sonrisa en los labios? Era la obra de María, la obra de esta buena Madre y Señora, que como él mismo escribe, *«se mantiene tan cerca y tan presente a sus fieles servidores, para iluminarlos en sus tinieblas, para ilustrarlos en sus dudas, para afirmarlos en medio de sus temores, para sostenerlos en sus combates y dificultades; de modo que, en verdad, este camino virginal para encontrar a Jesucristo es un camino de rosas y de miel, frente a los demás caminos»*³⁴.

Por esta práctica el alma vive espiritualmente y sin cesar de María y realmente en Ella... ¿Habría que admirarse de que en esta unión se encuentre un gozo dulcísimo y profundísimo? ¿Hay mejores momentos en la vida que los que se pasan junto a una madre, junto a una verdadera madre? ¿No es justamente ese el efecto propio y específico de la devoción mariana bajo todas sus formas, en todos sus grados, y con mayor razón de la vida más perfecta y profunda de unión con María? ¿No es lo que esencialmente ha querido el Señor al introducir en toda la economía de la salvación a la Mujer más encantadora, a la Madre incomparable de la vida sobrenatural, de modo parecido a como en el astuto plan del demonio los encantos de la primera Eva habían hecho que Adán aceptase irresistiblemente el fruto prohibido? La misma Iglesia proclama que la Santísima Virgen introduce la alegría y la felicidad en nuestra vida, y lo hace con palabras de la Escritura, en las que hay que ver, indudablemente, algo más que una simple acomodación, y por las cuales, en todo caso, la Iglesia afirma su pensamiento, incluso de manera infalible, puesto que se encuentran en la Liturgia universal:

³⁴ Tratado de la Verdadera Devoción n. 152.

*«Vuelto a casa, junto a ella descansaré,
pues no causa amargura su compañía
ni tristeza la convivencia con ella,
sino satisfacción y alegría»³⁵.*

Las almas que viven la vida mariana son almas felices y alegres. María es la Consoladora de los afligidos; Ella viene a cada uno de nosotros «para aliviar el sufrimiento» y para ser la Causa de nuestra alegría. Nuestra experiencia de cada día confirmará la verdad de esta aserción. Séanos esto un estímulo para practicar fiel e intensamente la vida de unión con nuestra Madre.



La vida en María significa, pues, consuelo en toda tristeza, alegría y felicidad en toda nuestra existencia. San Luis María de Montfort se siente impotente también para describir los maravillosos efectos de santificación y de progreso que esta vida de intimidad mariana produce en las almas. No podríamos hacer nada mejor que dejarle la palabra a él, que en su propia alma y en miles de otras había experimentado esta maravillosa acción santificadora de la Santísima Virgen.

«Cuando por una gracia inefable pero verdadera, la divina María es Reina en un alma, ¿qué maravillas deja de hacer? Como Ella es la Obrera de las grandes maravillas, particularmente en el interior, Ella trabaja allí en secreto, sin que ni siquiera se dé cuenta el alma, que por el conocimiento que pudiese tener de ello, destruiría la belleza de sus obras. Como Ella es en todas partes la Virgen fecunda, en todo interior en que se encuentra Ella trae la pureza de corazón y de

³⁵ Sab 8, 16.

cuerpo, la pureza en las intenciones y propósitos, y la fecundidad en buenas obras»³⁶.

«Y nuestro Padre parafrasea del siguiente modo el hermoso y tan piadoso Salmo «*Quam dilecta tabernacula tua*»: ¡Señor Jesús, cuán amables son vuestros tabernáculos!... En esta casa de los predestinados es donde [el hombre que ha puesto en María su morada] recibe su socorro de Vos solo, y donde ha puesto ascensiones y grados de todas las virtudes en su corazón para elevarse a la perfección en este valle de lágrimas»³⁷.

Lo que la Santísima Virgen realiza en el alma que «*se esconde en el seno virginal de María y en él se pierde sin reserva*», nuestro Padre lo describe aún en su admirable Tratado: en el seno de María esta alma «*es **alimentada** con la leche de su gracia y de su misericordia materna; en él es **librada** de sus turbaciones, temores y escrúpulos; en él es **puesta a salvo** contra todos sus enemigos, el mundo, el demonio y el pecado, que jamás tuvieron entrada allí...; en él es **formada** en Jesucristo y Jesucristo es formado en ella, porque su seno es, como dicen los Padres, la sala de los sacramentos divinos donde Jesucristo y todos los elegidos han sido formados*»³⁸.

Y las afirmaciones de «El Secreto de María» no son menos atractivas: «*[María] será para el alma el Oratorio en que hará todas sus oraciones a Dios, sin temor de ser rechazada; la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos; la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino; la Custodia*

³⁶ El Secreto de María nn. 55-56.

³⁷ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 196.

³⁸ Ibid. n. 264.

sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella. Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso universal»³⁹.

Y todo esto se encuentra condensado en algunas líneas de una de las páginas más notables de nuestro tan precioso Tratado: «¿Cuándo será que las almas respirarán a María, tanto como los cuerpos respiran el aire? Para entonces acaecerán **cosas maravillosas** en estos bajos lugares en los que, encontrando el Espíritu Santo a su querida Esposa como reproducida en las almas, sobrevendrá a ellas abundantemente y las llenará de sus dones..., para obrar **maravillas de gracia**»⁴⁰.

Todo esto, en suma, no son más que variaciones sobre el tema que la Santa Iglesia nos propone en su liturgia desde hace cientos de años con palabras sagradas que el Espíritu Santo inspiró para describir la actividad no sólo de Jesús, la Sabiduría Eterna, sino también de María, el Trono de la Sabiduría; palabras que alimentaron la más profunda piedad mariana de innumerables generaciones de cristianos.

*«Yo soy la Madre del amor hermoso,
del temor de Dios, del conocimiento y de la santa esperanza.
En mí está toda la esperanza del camino verdadero,
en mí toda esperanza de vida virtuosa.
Venid a Mí todos cuantos me deseáis,
y saciaos de mis frutos»⁴¹.*

Y todo esto no es tampoco nada más que la aplicación — fundada, como hemos visto— a la unión con la Santísima Virgen, de

³⁹ El Secreto de María n. 47.

⁴⁰ Tratado de la Verdadera Devoción n. 217.

⁴¹ Sab 24, 24-26.

lo que Jesús promete en algunas palabras a cuantos viven unidos a El: «El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer nada»⁴².

En ciertas épocas del año las personas débiles o enfermizas, y especialmente los niños, son enviados al mar o a la montaña, para que un aire más puro y tonificante despierte en ellos el apetito y renueve todo su organismo.

María es un mar, un océano. Algunos santos y piadosos escritores jugaron con su nombre: María = maria (mar).

María es un **mar**, un océano inmenso de luz pura, de gracia, de vida, de santidad.

Y María es una **montaña**, una montaña inmensamente elevada, cuyos fundamentos reposan sobre las cumbres de las más altas montañas: su santidad comienza donde acaba la de los elegidos más elevados en gracia.

Y nosotros somos, en la vida espiritual, unos pobres niños, unos convalecientes débiles, una sombra de lo que debiéramos ser. Sufrimos de anemia espiritual; nos asustamos del menor esfuerzo, retrocedemos ante el menor sacrificio; estamos sin fuerzas y sin energía para el bien.

«*Duc in altum*» ... ¡Mar adentro! Lanza tu barquita en el Océano que es María, en el que tu mirada se sumergirá en un horizonte cada vez más vasto y fascinante, el de la Divinidad; en que tu alma respirará el aire puro y vivificador de la única realmente Inmaculada; en donde sopla sin cesar el viento tonificante de las

⁴² Jn 15, 5.

gracias marianas, que estimulan a la acción, que impulsan a todo lo que es grande, santo, sublime, heroico.

«*Ascende superius*» ... ¡Sube más alto! Emprende el asalto del Pico brillante que supera todas las demás cumbres. ¡Allí encontrarás la vista despejada del mundo, del Sol, del Cielo!... ¡Allí gozarás del descanso, de la paz, del silencio, de la Luz, de la Vida!

Allí renovarás tu provisión de fuerzas invencibles para todo lo que Dios espera de ti.

Allí te forjarás un temperamento sólido y robusto, que te hará apto, como Montfort, para el trabajo más rudo, y capaz para los más duros sacrificios.

